

fecha la parte de deuda de mi desgraciado hermano que no alcance á cubrir mi fortuna.

—¡Dios mio! exclamó Guillermo: ¿he comprendido mal? ¿Podrá V. sacarme de esta eterna noche?

—¡Sí, pobre jóven! ¡Devolveré á V. la luz, el porvenir, la felicidad! ¡Así Dios me devuelva la vida de mi esposa, amenazada por una enfermedad mortal!

El médico, dichas estas palabras, salió seguido de su hija.

Junto á la postrada doña Clara, quedaron el otro doctor y Lupercia.

En cuanto á Guillermo, se encaminó á su cuarto y se dejó caer de rodillas, llorando de felicidad, y pidiendo perdon á Dios por su falta de esperanza.

X.

Dos dias despues, tenia lugar una importante escena en casa del Dr. Valladares.

Eran las dos de la tarde.

En una alcoba sostenida por graciosas columnas de jaspe, y acostada en un gran lecho, se hallaba la madre de Esther inmóvil, pálida y al parecer sin vida.

No veia, no oia, ni siquiera abria los ojos: á un lado del lecho estaba en pié el Dr. Aguado, y al otro Esther de rodillas y rezando.

El Angel de los tristes lloraba: de cuando en cuando desunia sus manos, blancas como el marfil, para enjugar las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

Delante del balcon se hallaba sentado

Guillermo; y detrás de su sillón, dos jóvenes, ayudantes del doctor, preparaban vendajes y un estuche lleno de finísimos instrumentos.

El doctor se paseaba á lo largo del aposento: sus labios se movían como si rezase.

En una de sus vueltas se acercó al lecho, y puso su mano sobre la que su esposa tenía extendida sobre la sábana.

—¡Lo mismo! dijo con profunda amargura, tras algunos instantes de observación.

—Sí, lo mismo, amigo mío, observó el otro médico; y me admira, en verdad, que mientras dura esta terrible crisis piense usted en hacer esa delicada operación.

—¿No ve V. que ese infeliz espera? repuso el doctor: ¿no sabe V. que es una deuda sagrada la que voy á satisfacer?

—¿Pero tendrá la mano de V. la seguridad necesaria?

—¡Dios se la prestará!

Luego, acercándose á Esther, á quien levantó en sus brazos, añadió:

—¿No es verdad, hija mía, que Dios dará fortaleza á mi mano?

—¿Pues quién lo duda, papá? respondió la

jóven: y, á través de sus lágrimas, se abrió paso una sonrisa, como un rayo de sol en un cielo lluvioso: no solamente dará Dios seguridad á tu mano, sino que, al acabar tú la operación, se habrá terminado favorablemente la crisis de mi madre.

En el semblante de Esther brillaba una fé celestial, al pronunciar ella estas palabras: era, en verdad, *el Ángel de los tristes*, pues solo la fé en la bondad divina puede consolar las penas de la vida.

—Ve, padre mío, añadió la jóven: Dios no dejará sin recompensa tu benéfica acción: mientras tanto yo seguiré rezando.

Volvió á arrodillarse, y el doctor se acercó de nuevo al lecho.

—¿Sigue mejor, en efecto, la infeliz madre de ese jóven? preguntó.

—Se ha levantado ya: el cuidado de su hija y el excelente caldo que ha tomado, la han sacado de su estado de postración y abatimiento. ¡Figúrese V. con cuánto afán esperará á su hijo!

—¡Es verdad! repuso el doctor; ¡ea, valor y empecemos!

Echó á su esposa una última mirada y se acercó á Guillermo.

—¡Silencio todos! dijo el doctor.

La operacion empezó.

Con mano segura fué batiendo las cataratas que cubrian la vista de Guillermo, y que eran en extremo ligeras y por lo mismo muy peligrosas.

Un silencio sepulcral reinaba en la habitacion, interrumpido solo por el rumor de la respiracion de la enferma, que iba siendo cada vez más perceptible.

Así pasaron veinte minutos, al cabo de los cuales se oyeron dos gritos simultáneos.

—¡Ah, Dios mio! ¡Ya veo la luz! exclamó Guillermo con un acento arrancado de lo más íntimo del alma.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Se ha salvado! exclamó á su vez Esther.

Aquellos acentos resonaron en el corazon del médico; pero con una firmeza heroica no volvió siquiera la cabeza, y acabó la operacion, que terminó con la mayor felicidad.

—¡Ah, hermana mia! gritó Guillermo al ver entrar corriendo á Mercedes en la habitacion.

—¡Dios mio, hermano mio!... ¡Conque ya ves!... dijo la niña, á quien Guillermo es-

trechaba entre sus brazos. Mamá me encargó que viniera, porque estaba con un desasosiego, con una impaciencia... ¡Virgen santa! ¡Va á volverse loca de alegría!

—El sudor ha empezado... y el letargo se disipa por instantes, observó el otro médico acercándose al generoso operador; ya ha conocido á Esther.

—¡Gracias á Dios! exclamó el anciano alzando al cielo una mirada de gratitud ardiente, y en tanto que acababa de colocar los vendajes ante los débiles ojos de Guillermo.

—Hijo mio, dijo el doctor: hasta dentro de cuarenta dias no puede V. tener el consuelo de ver á su madre; pero sufra V., por Dios, esa mortificacion: feliz yo si el dia en que despoje á V. de estos vendajes, puede presenciarlo mi esposa, libre de la terrible enfermedad que la ha tenido al borde del sepulcro!

—¡Oh, bienhechor mio! exclamó el jóven besando con trasporte las manos del médico; ¡qué haré yo para pagarle su caridad!

—Si acaso está V. obligado á alguno, es á mi hija, repuso el doctor: si ella no hubiera querido subir á pintar sus violetas, no

hubiera conocido á Mercedes, y yo no hubiera conocido á V... Pero silencio, añadió el Sr. Valladares; mi mujer empieza á dormir, y es preciso guardar ese sueño, terminacion feliz de su terrible crisis.

XI.

Pasemos dos años, queridos lectores, y os hallareis en una linda y cómoda habitacion de la misma casa en que tan pobres conocimos á doña Clara y á sus hijos.

Han dejado su misero cuarto tercero, y se han bajado á uno de los segundos que dan á la calle.

Son las doce del dia, y están acabando de almorzar seis personas, servidas por un criado y una criada.

Estas seis personas son doña Clara, sus dos hijos, Esther y sus padres.

Guillermo, con sus hermosos ojos, no ya parados y sin luz, sino brillantes, vivaces y expresivos, parece otro jóven distinto de

aquel melancólico y sombrío que conocimos.

Difícil sería hallar una belleza semejante á la suya, unida á una elegancia más natural y perfecta, y á un carácter más tierno y expansivo.

Á su lado está Esther, con su belleza dulce, suave y algo triste.

Más allá Mercedes, tan alta, tan linda, tan alegre, que da gozo mirarla.

Por último, el doctor y su esposa, en cuyas frentes refleja una satisfacción profunda, y doña Clara, cuyo semblante respira una inefable felicidad.

—Vamos, vamos, dijo el doctor: aborremos la cuestión ahora, sin levantarnos de la mesa: hoy cumple mi hija diez y siete años, y hay que solemnizar su natalicio fijando el porvenir.

—Doctor, por Dios, no hablemos de eso: balbuceó ruborizada doña Clara.

—Por el contrario, hablemos, hablemos.

—Amiga mía, observó la madre de Esther; ya he manifestado á V. que mi esposo, en estos dos años, ha triplicado su fortuna: parece que Dios ha bendecido su mano desde la cura de Guillermo.

—Hijo mío, dijo el doctor al jóven: vas á recibir en este instante los quince mil duros que tantas veces has rehusado.

—¡Jamás! exclamó Guillermo, cuyas mejillas se cubrieron de un vigoroso rubor; jamás; mi madre, mi hermana y yo vivimos holgadamente con los doce mil reales de mi sueldo: ¿no ha sido V. quien me ha dado mi destino? ¿No tengo en él una renta honrosa?

—¿Es esa tu última resolución, Guillermo?

—La última, ¿verdad, madre mía?

Doña Clara hizo un signo enérgico de asentimiento.

El doctor dejó un paquete de billetes sobre la mesa y sacó otro de su bolsillo.

—Guillermo, dijo levantándose y con voz solemne, ¿quieres por esposa á mi hija única?

El jóven dejó escapar un grito de alegría.

—Yo sé que os amais, continuó el doctor; así, toma, hija mía.

Y el médico puso en la mano izquierda de su hija el paquete de los quince mil duros. Luego le tomó la derecha y la puso en la de Guillermo.

—Esther es tu mujer, y esa suma es el dote que yo le he destinado.

—Amiga mía, dijo á su vez la madre de